

limbo

Núm. 30, 2010, pp. 138-145

ISSN: 0210-1602

Arte de la memoria y filosofía de la ciudad

XAVIER GARCÍA-RAFFI

GRAZIELLA FANTINI: *Shattered Pictures of Places and Cities in George Santayana's Autobiography*, PUV, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, Universitat de València, 2009, 202 pp.

Uno de los rasgos más sobresalientes de George Santayana fue su cosmopolitismo. Santayana vivió en Ávila, Boston, Berlín, Londres, París, Oxford, Cambridge, Venecia y Roma. Además, sufrió el proceso de acomodarse de la cultura española de procedencia a la cultura angloamericana a una edad en la que el cambio siempre deja huellas porque el sujeto es suficientemente consciente para que, aunque se acomode a la perfección a su nueva lengua y su nuevo universo cultural, el recuerdo de sus raíces originarias siempre esté presente. Pero como explica la profesora Graziella Fantini estas circunstancias no explican suficientemente su cosmopolitismo, al contrario, éste fue resultado de un proyecto determinado por una voluntad férrea de transformarse en ciudadano del mundo, en un pensador que quiso convertir su obra en ejemplo de universalidad más allá de cualquier frontera o limitación nacional. El cosmopolitismo, uno de los núcleos esenciales a justificar en la obra de Santayana, sirve de punto de partida para extenderse en el libro a la globalidad de su pensamiento. La reflexión sobre el lugar, la perspectiva del mundo, pero también el recuerdo y la reconstrucción del mundo vivido, la comprensión de la estética y su vinculación con las transformaciones sufridas por el urbanismo de las ciudades acaban por vincular los campos fundamentales del pensamiento de Santayana en un ejercicio de clarificación y ordenación

tanto de la producción del filósofo como de la ingente cantidad de comentarios que entre los especialistas han generado dichos tópicos.

La tesis de la profesora Fantini defiende que su itinerario vital por las ciudades tiene un fiel reflejo en su obra produciéndose así en Santayana un doble viaje físico y espiritual. Las descripciones de la ciudad avanzan en la obra de Santayana en paralelo a su evolución filosófica de forma tal que cada accidente y lugar físico tiene su equivalente intelectual en la reflexión que elaboró alrededor de la condición moralmente desheredada de la figura del hombre del siglo XX. Examinar estas conexiones es el núcleo central del libro de la profesora Graziella Fantini.

El peregrinaje del filósofo tiene, además, un valor añadido al hacerse en un momento de tránsito de las grandes ciudades del mundo. Entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX las ciudades se ven sometidas a un proceso de renovación; aparece el urbanismo como disciplina reglada y a la vez como instrumento del poder político que quiere que su entramado refleje sus ideales de futuro. Los edificios, avenidas, parques, conforman un marco al que ajustar la vida de los ciudadanos y hacerles sentir su presencia, en especial con los nacientes estados totalitarios. Las viejas ciudades han sido abandonadas a su suerte y las nuevas megalópolis obligan a los seres humanos a vivir en un estado de creciente tensión ante un panorama de continuo cambio.

Pero la ciudad no es sólo un espacio físico, es también un arquetipo cultural, un tema que ocupa el foco de la actividad literaria y artística por propio derecho. Y Santayana es uno de los creadores de esta situación. Sus escritos contribuyen de forma decisiva a elaborar el arquetipo: así, la ciudad es esencialmente un espacio en el que compartir creencias, lenguajes, y desarrollar el rasgo básico de los seres humanos que es compartir. En sus descripciones de las ciudades Santayana explora las diferentes formas de compartir existentes en el mundo moderno y reflexiona sobre el deseo y la lucha del ser humano por encontrar en ellas su lugar, su ubicación en el mundo. Las ciudades son también, por último, objeto de representación en nuestro recuerdo: las arrastramos como parte inevitable de nuestra vida y

lo que somos. El recuerdo de personas y lugares nos acompaña codificado según las reglas del arte de la memoria al que Santayana dedicó considerables esfuerzos para recuperarlo de la antigüedad clásica.

El libro de la profesora Fantini está dividido en tres partes. En la primera (“Places and Cities: Departure”) se exploran los profundos vínculos entre la vida de Santayana y su pensamiento tratando de conectar su vida nómada con los cambios de rumbo de su pensamiento. La segunda parte del libro (“Places: Journey”) busca investigar el arte de la memoria en Santayana y la disposición estética que se desprende de su biografía. Pero el esfuerzo esencial se centra en dilucidar su filosofía sobre el viaje y el lugar, sobre todo en su libro *Persones and Places*. La tercera parte (“Cities: A Paradoxical Return”) desarrolla la filosofía de Santayana sobre la ciudad en su reflexión sobre las ciudades representativas de su visión de la modernidad: Ávila, Boston y Roma.

El tratamiento del cosmopolitismo de Santayana es uno de los puntos fuertes del libro porque la autora es capaz de explicar sin perderse en ellas las contradicciones vitales por las que pasó Santayana y verlas en su unidad de propósito con una claridad encomiable. Las circunstancias vitales de un hombre que nunca renunció a ser jurídicamente español (murió mientras acudía a renovar su pasaporte en Roma), que se expresaba en inglés aunque no deseaba ser ciudadano americano, que consideraba la ciudad ideal Roma pero nunca dejó de recordar su Ávila natal como paradigma de un lugar en el mundo, que fue profesor de filosofía en Harvard pero renunció a la vida académica para realizar así los ensayos más brillantes, se transforman en la exposición de la profesora Fantini en un organizado esquema de la evolución del pensamiento de Santayana. Todas estos “opposite quarters” estarían unificados por el propósito de Santayana de ser capaz de apropiarse del flujo de la realidad en movimiento sin estar limitado por ninguna circunstancia cultural. En definitiva, por conseguir un pensamiento genuinamente cosmopolita.

Santayana abandonó la vida académica en Harvard en 1912 y comenzó un libre vagabundeo por Europa que se prolongó hasta su muerte en Roma en 1952. Cruzó el Atlántico en treinta y ocho oca-

siones y vivió con distanciamiento en todos los países en los que residió, en hoteles y residencias, nunca en una casa propia, un extranjero rodeado por la vida bulliciosa de la ciudad. No era un hombre sin raíces. En su "A General Confession" explica que los pilares de su mundo son la cultura grecorromana, la cultura clásica europea y la literatura y filosofía americana. Pero Santayana quiso deliberadamente poder ver las cosas con una cierta neutralidad, un cierto desapego. La profesora Fantini remarca que la estancia en Alemania (1886-88) para prolongar su educación filosófica le inmunizó contra la fe en los sistemas y le inoculó la desconfianza contra los dogmas. Santayana escogió ser cosmopolita y renunciar a un nacionalismo que juzgará con palabras muy duras: su vida errante es el resultado de una decisión intelectual, no un capricho neurótico. Fue consciente de que ser desarraigado era el precio a pagar para captar el flujo de la existencia, el dinamismo de los reinos del ser.

La profesora Fantini descarta una explicación simplista de la vida errante de Santayana. Resultaría tentador, pero falso, remitirla a las circunstancias vitales de su niñez, en el trauma de su cambio de la cultura española por la americana cuando su familia se trasladó a Boston. Pero la profesora Fantini desmonta esa justificación demostrando el carácter deliberado de su vida errante. Santayana no sólo amaba la soledad en medio de la multitud, la consideraba positiva para su pensamiento: necesitaba un lugar para poder poseer una perspectiva pero ese lugar no debía atraparlo, condicionarlo; y para conseguirlo era preciso mantener una distancia. De ahí la decidida oposición de Santayana al nacionalismo por el que las personas caen víctimas de una pasión que les acaba encerrando en su patria, que los acaba poseyendo y en cierta forma anulándolos. Su contacto con el nacionalismo alemán le enseñó las dificultades de atrapar conceptualmente un término tan ambiguo como el de nación (*Egotism in German Philosophy*, 1914) y le convenció de que la nación era un mito destructor al que había que oponer la apertura, transformándose así en el heraldo del cosmopolitismo del que fue un genuino representante. Esta decisión de llevar una vida cosmopolita para poder realizar un pensamiento

cosmopolita hace todavía más interesante su relación con Ávila, que la profesora Fantini resuelve brillantemente: es una relación que trasciende las relaciones familiares para convertir a la ciudad en el modelo filosófico de un lugar que te permite estar centrado en el mundo pero que no te arrebatara de él, un punto de vista imprescindible para captar la esencia mutable de la realidad pero que no te condiciona, un lugar al que volver físicamente y recordar asociado a tus bases culturales mediterráneas para poder abrirte con más energía al mundo.

La segunda parte del libro está dedicada al arte de la memoria que está vinculado estrechamente al lugar y por tanto enlazado estrechamente con la exposición que se ha hecho de la ciudad como sitio y perspectiva vital. Las definiciones clásicas de la forma de hacer funcionar la mnemotecnica en Cicerón, Quintiliano y en Giordano Bruno, muestran que el núcleo del arte está en la ordenación de los recuerdos a recuperar en un lugar conocido (tesoro house), una casa imaginada en la que cada objeto a recordar ocupa una posición y que adornamos con imágenes y signos de nuestra invención para hacer más fácil la vinculación entre el recuerdo y el lugar. Cada persona construye su casa de la memoria como una verdadera muestra de arte personal y sobre el mismo mecanismo reconstruye su vida compuesta de retazos del pasado vislumbrado transformados en eternos por el placer estético. La autobiografía —a la que Santayana dedicó tantos esfuerzos— sería una consecuencia del papel que el lugar juega en su pensamiento. La profesora Fantini expone las razones que hacen que Santayana “describe su *bios* (el curso de su vida y evolución en el tiempo) y por qué escoge hablar sobre su *auto* (su yo) mediante el uso del punto de vista de un “espíritu libre” o un “espíritu viajero” (un observador y un testigo, pero también un actor y un espectador) y cómo sus vislumbres sobre el pasado se convierten en “vislumbres de la verdad eterna” (*the eternity of art*) de acuerdo con las últimas palabras de *Persons and Places*.

Santayana reitera la imposible réplica del pasado y la ilusión de la memoria si con ella creemos acotar zonas del tiempo que se fue. En realidad almacenamos porciones del conocimiento del pasado, esen-

cias que nos permiten reflexionar, como ventanas abiertas al tiempo que se fue, sobre las personas y lugares que habitamos a la luz de lo que ahora somos y experimentamos: la memoria es una reconstrucción que nos permite, paradójicamente, abrirnos más a la Naturaleza y aceptando que no hay más que el flujo de los acontecimientos conseguir atraparlos y reconstruirlos en cuanto que esencias, esencias que surgen del terreno del ser y no de un lejano cielo platónico. La memoria es una creación propia, una organización poética de retazos del pasado a los que nosotros damos significado. Conseguimos a través de esas “old miniatures” o “little perspectives” sintetizar nuestra experiencia como parte de un panorama histórico. Es el hombre quien da valor a la experiencia sensorial y crea los recuerdos reorganizando y amalgamando los materiales de forma deliberada pero también inconscientemente. Como Proust, Santayana recupera la esencia de una atmósfera de un acontecimiento pasado, y el recuerdo no sólo le permite recuperar el pasado sino también evitar la absorción en el flujo permanente de las sensaciones que constituye el transcurrir del tiempo. Marcar un lugar en el tiempo, una señal, un mojón.

En el estudio de la filosofía del lugar, la profesora Fantini examina meticulosamente el papel de Ávila tras distinguir entre “casa” y “hogar” con las palabras justificativas del propio Santayana acerca de su condición de exiliado voluntario. Fue Roma lo más cercano que Santayana estuvo nunca de sentirse en casa, “la casa de los padres”, el origen de su apreciado trasfondo de la cultura mediterránea. Ávila fue su segundo lugar esencial, pues para Santayana era su “torre vigía” (Aussichtsturm): sus murallas la encierran pero al mismo tiempo ofrecen y abren a diferentes vistas. Allí Santayana se sintió libre ya que Ávila le enseña “a poseer sin ser poseído, a vivir recluido en su cuerpo sin estar encerrado”. Los lugares desempeñan para Santayana el papel de “locus” simbólico a la manera en que Platón describió la caverna. Cada uno de los lugares descritos nos lleva a una reflexión sobre su sentido simbólico y así los examina la profesora Fantini: América, el jardín zoológico, la ermita, el barco. Cada

uno de los lugares que Santayana describe juega un papel en su pensamiento que cabe describir en interacción con los otros lugares reseñados hasta formar una verdadera geografía simbólica con un cuidado equilibrio entre simbolismo epistemológico, verdad estética y descubrimiento ontológico.

En la tercera parte del libro, la profesora Fantini expone su filosofía de la ciudad. Santayana leyó la obra de los principales teóricos del urbanismo, que comenzaban el desarrollo de dicha disciplina a comienzos del siglo pasado. Los tres autores que influyeron sobre el pensador, aunque siempre hay un margen de duda por la ausencia de una biblioteca propia, serían Georg Simmel (1858-1918), Oswald Spencer (1880-1936) y Lewis Mumford (1895-1990). El filósofo tomó como objeto de sus reflexiones la ciudad en cuanto objeto de conocimiento, y las modificaciones que producía en las perspectivas que el ser humano adquiere sobre el mundo. Influyó sobre él en especial el análisis de la duplicidad esquizofrénica de la megalópolis que hizo Simmel y por el que la ciudad era un terreno de libertad y oportunidades que generaba, al mismo tiempo, una creciente tensión nerviosa insuperable sobre sus ciudadanos. Esta tensión se reflejaba para Santayana en el paulatino paso de las grandes ciudades, como creía que había sido el caso de Boston, de centros de cultura a meros contenedores comerciales. Londres todavía conservaba esa duplicidad que ya había desaparecido en la ciudad americana.

La actividad comercial de las ciudades producía un efecto más perverso en los seres humanos, al convertirlos en esclavos de sus objetos, una perspectiva nefasta para la libertad y pensamiento (*slavery of mind*). Este ataque sirve de base a la lectura superficial que se hace de Santayana cuando se habla de él como un reaccionario. La obsesión por las cosas, que está ligada al comercio, se magnifica en el objeto ideal, el objeto que todo lo compra, el dinero. El dinero es responsable del desagrado del filósofo por el modo de vida americano, un modelo que le provocaba un exacerbado sentimiento de extrañeza irremediablemente asociado a la ciudad de Boston en la que pasó su juventud: “Es ésta una de las características esenciales del in-

telectual metropolitano moderno —señala la profesora Fantini—, que siempre se considera un nómada y un extranjero en su hogar”.

Santayana, más que buscar reflexiones sociológicas sobre la ciudad, desea encontrar e investigar la esencia de las ciudades a partir del análisis de la vida de las ciudades concretas, porque renunció a definir una ciudad perfecta a la manera platónica. Busca la esencia de la ciudad en las ciudades que habitó, con preferencia por las ciudades que conservaban sus raíces culturales como Ávila, Londres y Roma.

El libro de la profesora Gabriela Fantini debe ser considerado como un importante libro fuente o libro seminal. Trata y organiza una importantísima cantidad de tópicos sobre la obra de Santayana de manera tal que cualquier investigador encontrará en él material imprescindible de partida sobre el pensador en cualquier tema de su interés, aderezado con una exhaustiva bibliografía y una exposición de los especialistas más importantes en cada uno de ellos. Pero si posee algún punto decisivo por encima de todos es el solventar, asociándolos a la evolución de Santayana, los múltiples interrogantes unidos a la forma de vida que Santayana decidió adoptar, una manera de vivir que examinada sin el necesario rigor queda reducida a un mero gesto excéntrico. Este enorme riesgo queda eliminado definitivamente con la exposición de la profesora Fantini que nos muestra la vida de Santayana como una verdadera obra de arte en la que no es posible sin romper o falsear separar el fondo de la forma. Con este libro la biblioteca Javier Coy continúa acrecentando su merecido prestigio que la ha convertido rápidamente, merced a la actividad incansable de su directora Carme Manuel, en un referente obligado de los estudiosos de la cultura norteamericana.

*Departament de Filosofia
Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació
Universitat de València
Av. Blasco Ibáñez, 30
Valencia 460
E-mail: fjavier.garcia@uv.es91*